

**CRISIS DE DEPENDENCIA EN LA ZONA SUR. DESARROLLO
AGRARIO Y MIGRACIONES INTERNAS EN EL CANTÓN DE OSA
1973-2000,
DE ANTONI ROYO ASPA**

*Andrea Montero Mora**

La historiografía costarricense no ha abordado aún suficientemente la problemática del desarrollo agrario regional. En este sentido, la obra de Antoni Royo representa un gran aporte para diversas ciencias y disciplinas. La formación del autor en diversos campos le permitió formular una novedosa e interesante propuesta, que puede ser provechosa para especialistas de las ciencias sociales y naturales.¹

Su obra en lo esencial persiguió un doble objetivo: analizar la incidencia estatal en las estructuraciones agrarias y el desarrollo de la población campesina, a partir de los programas de parcelamiento gestionados por el Instituto de Desarrollo Agrario (IDA) en el cantón de Osa, y por aparte construir un modelo interpretativo de los movimientos migratorios en los cantones bananeros del Pacífico sur costarricense. Lo anterior, con el propósito de conocer las dinámicas estatales poblacionales en el contexto de los procesos de recampezación y descampezación experimentados por el cantón de Osa como resultado de las intervenciones del IDA.

El trabajo se divide en cuatro capítulos. El primero se centra en la historia de la ocupación humana y la economía del cantón de Osa desde la llegada de los primeros pobladores hasta el abandono de las actividades productivas por parte de la Compañía Bananera de Costa Rica (CBCR), en 1984. El segundo capítulo evalúa el reformismo agrario en Costa Rica, a partir del estudio de la acción desarrollada por el Instituto de Tierras y Colonización (ITCO)/IDA. Para ello el autor primero considera la situación de la agricultura costarricense antes de la fundación del ITCO (1962), y posteriormente analiza la naturaleza de la reforma agraria implementada en Costa Rica. El tercer capítulo explica las distintas causas de la migración interna inherentes a toda la estructuración agraria del cantón; así como la intervención correctiva estatal a través de los asentamientos campesinos del IDA. Por último, el cuarto capítulo expone el perfil socio-demográfico de las poblaciones inmigrantes y emigrantes, ocupándose además del comportamiento migratorio cantonal.

El primer capítulo ofrece al lector información útil y pertinente para comprender la dinámica socio-demográfica y económica del cantón de Osa, antes y después del establecimiento de la CBCR. En este sentido, el autor articula el texto tomando en cuenta diversos

* Egresada de la Maestría en Historia de la Universidad Nacional. Actualmente es investigadora del Centro de Investigaciones Históricas de América Central (CIHAC) y docente de la Escuela de Historia de la Universidad de Costa Rica. Correo electrónico hismont@gmail.com

elementos físicos y humanos. En un primer momento ofrece información sobre aspectos geográficos, ecológicos y climáticos del cantón. Los datos son importantes, con todo y que faltó rescatar desde un principio el tipo de actividades productivas que se pueden desarrollar en regiones con este tipo de condiciones ecológicas. En un segundo momento, y utilizando principalmente fuentes secundarias, aborda el tema de la población y los sistemas productivos antes de la década de 1930. En lo que respecta al primer punto, el autor concluye que el Pacífico Sur costarricense ha sido un área de confluencia migratoria, donde coincidieron poblaciones provenientes del Valle Central, la península de Nicoya y la región panameña de Chiriquí. En lo que respecta al segundo punto, el autor concluye que las actividades económicas se limitaron a la agricultura de subsistencia, basada en el cultivo de granos básicos, árboles frutales, la cría de animales, la caza y la pesca.

Después de la década de 1920 y 1930 la dinámica de la región cambió, pues la United Fruit Company (UFCo) decidió trasladarse al Pacífico.² Para entonces, la actividad bananera había decaído en el litoral Caribe, debido al agotamiento de los suelos y a las enfermedades del banano –Mal de Panamá y Sigatoka–. El autor, a través de fuentes secundarias, explica el proceso de establecimiento de la Compañía en las tierras bajas del Pacífico, la estrategia general de producción, los términos de la contratación bananera, el sistema organizativo, la estructura de operación productiva y finalmente el retiro de la empresa. Esta visión conjuntiva permitió concluir que el establecimiento de la CBCR supuso una competencia por el control de las tierras ya de previo pobladas y bajo cultivo, lo cual significó en el futuro que el Estado nacional costarricense a causa de una política ciertamente permisiva, sacrificó a los productores independientes al tiempo que malogró las posibilidades de un desarrollo equilibrado. En el Pacífico Sur, el territorio se ordenó en función del cultivo del banano, y una vez que se deja de producir, el impacto socio-económico resultó lesivo para la región.

En relación con el primer capítulo, es necesario destacar que el autor realizó un análisis no a nivel de cantón sino a nivel de región, debido quizás a las pocas fuentes disponibles. En este sentido, los estudios regionales son importantes, pues en ocasiones permiten comprender dinámicas locales. Lo que Royo propone ya había sido postulado por otros autores que él mismo cita, por lo que se debe señalar el rescate que hace de la producción historiográfica nacional, sin obviar por supuesto el aporte que desde su formación de geógrafo brinda con el mapeo de las zonas de cultivo de banano en el Pacífico sur costarricense. Su objetivo no fue escribir la historia de la Compañía Bananera en el Pacífico, sino rescatar ciertos aspectos significativos para, de este modo, comprender los procesos de ocupación y refuncionalización del territorio, y demostrar por aparte que el cese de la actividad bananera condujo a una crisis regional que originó una serie de invasiones campesinas, frente a lo cual el Estado tuvo que responder mediante el establecimiento de asentamientos y programas productivos financiados con fondos externos.

El segundo capítulo explica el impacto de la reforma agraria en el país, a través del análisis de la actividad realizada por el ITCO/IDA. En un principio el autor aborda la situación del agro costarricense antes de la creación del ITCO, en 1962, para posteriormente definir el carácter de la reforma agraria comparándola con otras ensayadas en Latinoamérica. Finalmente, explica el desarrollo de los programas del ITCO/IDA desde su fundación hasta el 2000. En lo que respecta al primer punto, debe quedar claro que

desde la independencia hasta el cierre de la frontera agrícola —en la década de 1970—, el Estado estimuló la colonización agrícola sin ninguna planificación. Las políticas de atracción de inmigrantes extranjeros para establecer colonias agrícolas fueron recurrentes pero poco exitosas. La legislación costarricense estimuló el denuncia y la ocupación de tierras baldías, pero ejerció poco control en las inscripciones y el tipo de tenencia, por lo que se especuló con la tierra. Además, después de 1950 hubo una explosión demográfica, que en el campo se tradujo en un aumento de presión por la tierra y una atomización de la mediana y pequeña propiedad, que se comenzó a destinar para la producción de autoconsumo.

En relación con lo anterior, debe quedar claro que desde la década de 1960 se contabilizó en el país un porcentaje alto de familias rurales sin tierra (42%), es decir, la población rural asalariada era muy alta. Aquellos que una vez fueron campesinos se convirtieron en proletarios agrícolas e incluso industriales. La capitalización en la actividad cafetalera, bananera y ganadera fue una constante durante el periodo de construcción del Estado de bienestar. Muchos campesinos sin tierra optaron algunos por irse a la ciudad, debido al impulso que se estaba dando al sector industrial, sobre todo después de 1963, cuando Costa Rica formó parte del Mercado Común Centroamericano (MCCA), mientras que otros optaron por invadir tierras privadas, lo que condujo al precarismo rural. Para entonces, la inestabilidad en el agro podía amenazar la “paz social”, por lo que se planteó la necesidad de iniciar una reforma agraria. Fue así, como se decretó la fundación del ITCO, aunque el carácter de reforma no modificó la estructura de la propiedad agrícola.

El contexto político latinoamericano era favorable a ciertos cambios y reformas moderadas en la estructura de la tenencia de la tierra, pues se buscaba evitar situaciones de inestabilidad social que pudieran llevar a procesos parecidos a la Revolución Cubana. La ampliación de este punto particular hubiera sido interesante e incluso podría decirse que el autor no lo explica a profundidad. El temor del gobierno de Estados Unidos al “fantasma del comunismo” en América Latina contribuyó posiblemente a que en el país se estableciera el ITCO. El gobierno estadounidense, a través del programa Alianza para el Progreso, apoyó económicamente para que en la región se desarrollaran políticas y de este modo disminuyera el descontento entre la población. En el país el éxito de la Revolución Cubana fue celebrado por sectores intelectuales y estudiantiles, y además recibió apoyo de la debilitada izquierda que, a pesar de la persecución y represión que siguió a la Guerra Civil de 1948, seguía actuando. El origen del ITCO debería entenderse entonces como parte de ese contexto local e internacional.

Por otra parte, el primer lustro de la década de 1960 se particularizó por el impulso de reformas agrarias en los países latinoamericanos. El autor se adhiere a la teoría que explica que la profundidad de cualquier clase de reforma debe medirse en términos de la capacidad de modificar radicalmente los diversos tipos de estructura latifundista mediante la alteración total o parcial de las relaciones de poder de la sociedad tradicional. En este sentido, reconoce que en América Latina hubo tres tipos de reforma agraria: las estructurales —Cuba, Nicaragua y en menor medida México y Bolivia—, las convencionales —Venezuela, Chile, Perú y El Salvador—, y las marginales —resto de países—. En las primeras la movilización social rompe todo compromiso o toda forma de negociación entre clases antagónicas y prevalece una nueva estructura de poder y un nuevo sistema de reglas institucionales, en las segundas la negociación se efectúa entre clases sociales antagónicas, por

medio del sistema institucionalizado de partidos políticos, y en las terceras la decisión es tomada por los sectores políticos de la clase dominante y no fruto de la negociación con los sectores campesinos sin tierra, por lo que no se apunta hacia la ruptura del monopolio señorial sobre la tierra sino hacia la reparación superficial de esas estructuras.

La reforma agraria costarricense presenta, según el autor, rasgos de reforma marginal. La peculiaridad del sistema político permitió la aplicación de un tímido reformismo que no provocó desbordamientos sociales. El Estado costarricense no optó por la expropiación de las tierras ociosas sino por una política de compra y distribución de las mismas en regiones donde existía mayor presión social. En este sentido, la amplitud de las expropiaciones y el alcance de los programas estuvieron ligados a la capacidad financiera del Estado. Además, en el país la reforma agraria respondió al interés del Partido Liberación Nacional (PLN) por ampliar su base social de apoyo en el campo, pues la distribución equitativa de la tierra era concebida por los ideólogos de esta agrupación como indispensable para cimentar las bases del régimen político y robustecer la democracia, por cuanto con ello se mantenía la armonía social. Fue así como la reforma agraria se convirtió en un mecanismo distributivo destinado a preservar la democracia política, quedando en segundo plano la creación de unidades económicas eficientes respecto al desarrollo socioeconómico del agro.

De acuerdo con Antoni Royo, la Ley del ITCO no fue una ley orientada a la reforma agraria, sino que su acción es un conjunto de medidas de reordenamiento agrario orientadas a la distribución de tierras destinadas a aliviar el precarismo y asegurar la armonía social y la estabilidad del sistema político costarricense. Lo que se buscó fue una recuperación superficial de las estructuras existentes con el propósito de reducir la presión sobre la tierra y evitar los conflictos. Se trató de un reformismo agrario “a la tica” caracterizado por fases colonizadoras en áreas marginales y compras de tierras invadidas u ofrecidas a los propietarios por precios de mercado, sin que mediara una voluntad real de modificar la estructura latifundista. Los reformistas aplicaron la tesis de la democracia rural y se fomentó la distribución de tierras a los campesinos. Para ellos, el acceso a la tierra supondría una mejora automática de las condiciones de vida campesina y subsecuentemente se lograría un mayor desarrollo agrario. No obstante, parecen haber olvidado que, tal y como señala el autor, para conseguir una mejora efectiva del ingreso campesino es necesario distribuir tierras con suelos aptos, bien comunicados y con infraestructura, así como proveer crédito, capacitación y seguimiento de las actividades productivas. Los aspectos anteriores fueron desatendidos debido a las limitaciones de presupuesto del ITCO/IDA.

En Costa Rica el ITCO/IDA fue el encargado de impulsar el fallido proyecto de reforma agraria; esto lo demuestra el autor después de llevar a cabo un análisis de la historia institucional. En un primer momento, analizó la primera etapa de la institución, mientras operó con el nombre de ITCO (1962-1982), periodo en el cual se promovieron varios programas. Entre 1962 y 1966 se desarrolló un programa de colonización dirigida que buscó ubicar el mayor número de campesinos en regiones vírgenes. Entre 1966 y 1970 se lanzó el programa “Ocupantes en Precario”, para solucionar los conflictos provocados por las constantes invasiones. La institución compró tierras y otorgó el título de propiedad a los campesinos, pero no se ocupó de las causas reales del problema. Entre 1970 y 1975 se impulsó el programa denominado “Asentamientos Campesinos” bajo dos modalidades “Parcelas Individuales” (1970-1972) y “Empresas Comunitarias Campesinas

de Autogestión” (1973-1975). El propósito fue ampliar el campo de intervención del ITCO ante las crecientes invasiones, lo que restó autonomía a la iniciativa campesina. Finalmente, entre 1975 y 1980 se impulsó el programa “Regiones de Desarrollo”, con el objetivo de concentrar en la región todos los recursos de apoyo —tierra, vivienda, asistencia técnica, capacitación, educación, compra de cosecha y organización—. El autor señala que durante la primera etapa lo que planteó el ITCO fueron elementales métodos de colonización, lo que confirma la tesis que minimiza la autenticidad de la reforma agraria en el país.

El segundo periodo de la historia del ITCO inicia en 1982, cuando se transformó en el IDA. El proceso coincidió con la crisis económica que atravesó el país en 1980, pero que se mitigó en 1982, mediante la política de estabilización implementada por el entonces presidente Luis Alberto Monge. Durante esta coyuntura crítica, el número de invasiones aumentó, y con ellas, la conflictividad en el agro. Lo anterior condujo a que dicho ex mandatario potenciara los asentamientos campesinos. Fue así, como en 1982 el ITCO se transformó en IDA. La transformación se hizo necesaria, pues el ITCO no disponía de recursos financieros, ni atribuciones legales para llevar a cabo el ordenamiento de uso y tenencia de la tierra. A partir de entonces, el IDA quedó definido como institución autónoma de derecho público, con personería jurídica, patrimonio propio e independencia administrativa. Nuevamente, hubiera sido interesante que el autor profundizara en el proceso de transformación y lo vinculara con el contexto internacional. El comunismo una vez más era percibido como una amenaza para el gobierno estadounidense, sobre todo por el éxito de la Revolución Nicaragüense. Justamente por ello, el apoyo económico de Estados Unidos a Costa Rica a inicios de la década de 1980 se fundamentó en el tratado Monge-Reagan. El entonces presidente costarricense prometió una lucha en contra del comunismo y cualquier situación de descontento en el campo podía conducir al incumplimiento de la promesa.

Por otra parte, es necesario señalar que el autor abordó la actividad del IDA —desde su fundación hasta el 2002— analizando dos etapas. La primera cubre la década de 1980 y se particularizó por la dependencia de fuentes de financiamiento externo, en un contexto de crisis política centroamericano. La segunda cubre la década de 1990 y está marcada por los procesos de reestructuración y modernización de las instituciones estatales, que condujeron a una pérdida progresiva de operatividad y eficiencia. En la primera etapa la estrategia del IDA fue concentrar todos los recursos disponibles en los asentamientos campesinos de las regiones de desarrollo. Para ello contó con el soporte derivado de acuerdos bilaterales y convenios con agencias de desarrollo y organismos financieros. La dependencia de recursos condujo a que el IDA perdiera autonomía en cuanto al diseño y gestión de políticas, pues el Instituto no pudo trasladar los recursos fuera de los proyectos para atender otras necesidades. Para la segunda etapa, el IDA estuvo condicionado a la disponibilidad de fondos estatales, debido a la escasez de recursos y subejecución presupuestaria junto a reestructuraciones que respondieron al proceso de reforma del Estado, como consecuencia de los Programas de Ajuste Estructural.

En resumen, el segundo capítulo es interesante porque evidencia todas las contradicciones y limitaciones del ITCO/IDA para resolver los problemas del agro costarricense. En este sentido, se aleja en definitiva de algunas visiones que plantean que la institución llevó a cabo una exitosa reforma agraria en el país. El autor concluye que la reforma agraria no se orientó hacia la transformación de las estructuras latifundistas, mediante un programa

de expropiaciones y una planificación de desarrollo agrario reformado a escala nacional, sino que consistió en una serie de acciones puntuales de reordenamiento agrario surgidas como respuesta a invasiones precaristas y destinadas a disminuir la presión campesina sobre las tierras particulares y estatales. Las acciones del ITCO/IDA se enfocaron a la colonización de áreas periféricas, el mejoramiento de las tierras, la parcelación marginal de latifundios y la expansión de la frontera agrícola hacia la periferia baldía. No obstante, queda cierta duda acerca de si se implementó o no una reforma agraria, pues aunque Royo remite al concepto de “reforma marginal” y reforma “a la tica”, también en ocasiones señala que no hubo reforma sino reordenamiento agrario. En este sentido, debió dejar más claro que utiliza el concepto reforma agraria siguiendo la terminología del ITCO/IDA, pero que en el fondo considera que más que una reforma lo que hubo fue un reordenamiento.

En el tercer capítulo el autor estudia la estructura agraria del cantón de Osa, que está determinada por el sistema de tenencia de la tierra y su uso agrícola. Es así como busca establecer las causas de las migraciones internas inherentes a la estructura agraria del cantón, al tiempo que analiza la intervención estatal expresada en los asentamientos campesinos del IDA. Para ello, en un primer momento realiza un estudio de la estructura socio-productiva del cantón entre 1963 y 1984, con el propósito de entender las transformaciones y tendencias de la estructura agrícola y su posterior relación con el proceso migratorio. En un segundo momento analiza la intervención del ITCO/IDA en el cantón de Osa en términos cuantitativos y cualitativos. La estructura socio-productiva la aborda tomando en cuenta varios elementos, a saber: la tenencia, el uso y el manejo de la tierra, la diversificación agropecuaria, y el proceso de tecnificación. La intervención del ITCO/IDA la estudia también tomando en consideración elementos como los actores del sector agrario costarricense, el impacto “modernizador” de los Programas de Ajuste Estructural, las limitaciones del sector agropecuario costarricense, la implantación del IDA en el cantón de Osa y la crisis del cooperativismo.

El abordaje de la estructura socio-productiva a partir de los elementos antes mencionados le permitió llegar a una serie de conclusiones. Entre 1963 y 1984 se presentó en el cantón de Osa una tendencia de un área de frontera relativamente reciente, por lo que no existía suficiente presión por la tierra. Después del abandono de la CBCR sí hubo presión, aunque varió entre un distrito y otro, pues algunos eran de poblamiento antiguo y otros de poblamiento reciente. Asimismo, entre 1963 y 1984 se presentó un incremento del área dedicada a las tierras de labranza y pastos, lo que manifiesta un detrimento de los bosques y una actividad ganadera significativa pero no tan amplia como para absorber la mano de obra desocupada tras la partida de la CBCR. Aunado a lo anterior, está el hecho de que el 89% de la superficie del cantón presenta inconvenientes para la expansión del desarrollo agrícola, lo que representa una gran limitante para los campesinos. Además, durante el periodo, el régimen de tenencia de la tierra mostró la progresión de la proporción de fincas propias en detrimento del precarismo y el colonato. Para entonces, hubo una alta proporción de fincas propias que fomentó un proceso de recampenización; no obstante, después de la partida de la CBCR reaparecieron las formas de colonato y precarismo en el cantón, lo que condujo a una descampenización.

La recampenización entre 1973 y 1984 se vincula, de acuerdo con Royo, a la política de compras de tierra del IDA para frenar la toma de tierras realizada por ex obreros

bananeros. La sustitución del cultivo de banano por palma africana liberó mano de obra que ante el cierre de la frontera agrícola comenzó a invadir las tierras abandonadas por la CBCR. Durante el periodo, el IDA adquirió y distribuyó más de 28.000 hectáreas, lo que condujo a un aumento relativo del campesinado dentro del conjunto de la población agrícola. La recampesinización promovió una diversificación agropecuaria, pues aunque en el cantón de Osa predominó el cultivo del banano, también se cultivó granos básicos, cacao, plátanos, frutas, café y caña de azúcar; además de la actividad pecuaria con la cría de ganado, cerdos y aves de corral. La tendencia se invirtió después de 1984, con la partida de la CBCR y ahí la descampesinización se explica, según el autor, por las grandes tendencias de retracción de la estructura agraria cantonal, que implicó la proletarización del campesino y las migraciones de expulsión, así como por la mediocridad de los programas de parcelamiento promovidos por el IDA.

El ITCO/IDA intervino en el cantón de Osa a raíz de las invasiones de tierra por parte de los ex trabajadores bananeros. Muchas tierras invadidas se convirtieron en asentamientos campesinos. El autor definió para el cantón tres tipos de asentamientos: aquellos cuyo origen era la invasión precarista, que precipitó la compra de las tierras por parte del ITCO/IDA –San Buenaventura, Osa, Coronado, Los Ángeles, La Bonita, Playa Hermosa–; aquellos adquiridos bajo presión de sus propietarios –Haciendas del Sur, Jalaca, Sierpe Río Abajo, Ajuntadera, Hacienda Sierpe–, y aquellos que fueron creados con el propósito de reubicar pobladores afectados por desastres naturales –Balsar, Jeannette Pacheco, Cañablancal–. De acuerdo con Royo, la acción del IDA en el cantón de Osa casi siempre careció de estrategia planificadora, pues no atendió la calidad de las tierras o el propósito agropecuario, sino que se limitó a solucionar conflictos o a satisfacer ciertos grupos de interés. Los más beneficiados fueron los asentamientos prioritarios que recibieron ayuda en términos de infraestructura y conformación de organizaciones comunales. No obstante, lo anterior condujo a un retroceso de los asentamientos no prioritarios, pues los recursos y la atención de los funcionarios se orientaron exclusivamente hacia los prioritarios.

El problema del IDA no solo radicó en la falta de estrategia planificadora, sino también en el componente humano de los asentamientos, es decir, los adjudicatarios. El Instituto falló en la selección de los beneficiarios, pues no valoró suficientemente el parámetro de capacidad y actitud organizacional, ni tampoco las actitudes empresariales o agrícolas de los solicitantes. A nivel general, se privilegió la situación socioeconómica de los mismos y no su capacidad para hacer prosperar y rentabilizar la propiedad, lo que condujo a deserciones y ventas de los terrenos por parte de los adjudicatarios, quienes no supieron ponerlos a producir por no poseer aptitudes agrícolas y empresariales. En este sentido, la sostenibilidad productiva de las parcelas fue realmente frágil, aunque dependió en gran medida de si eran prioritarias o no, pues en las primeras hubo cierta planificación. Para constatar lo anterior, el autor realizó el estudio de dos asentamientos: San Buenaventura, que es un asentamiento no prioritario, y Los Ángeles que si lo es. La primera mostró aislamiento, mala calidad de las tierras, falta de electricidad y debilidad organizacional, en tanto la segunda mayor sustentabilidad, por su mejor comunicación, mejores tierras y una sólida organización grupal y campesina.

El problema de los campesinos de los asentamientos no prioritarios y en menor medida de los prioritarios se agudizó aún más frente a la crisis del cooperativismo en Osa. A

lo largo del periodo en estudio, el autor logró contabilizar cinco cooperativas que se establecieron sobre tierras que fueron cedidas por el ITCO/IDA, a saber: CoopeSierra Cantillo, Coopalsur, Cooprapalca, Coopalca y Coopeadelante. La ruina de las cooperativas, según Royo, se vincula con los problemas de los campesinos para comercializar sus productos, lo que afectó a cientos de familias, al punto que algunas incluso llegaron a perder sus tierras, pues habían trabajado con garantías bancarias. El autor responsabiliza al ITCO/IDA del fracaso cooperativo en el cantón, que se patentiza según él en el caso de CoopeSierra Cantillo, cuando el Instituto gestionaba los asentamientos y proveía asistencia técnica. Estudios previos habían demostrado que el suelo tenía un porcentaje alto de toxicidad en cobre y a pesar de ello se arrendaron terrenos a cultivadores de arroz. Además, los campesinos que integraron el movimiento cooperativo tuvieron poca asesoría, pues faltó personal capacitado para dirigir una política administrativa eficiente. El abordaje que Royo hace del cooperativismo es bastante breve y se considera que no permite comprender en su complejidad el proceso de crisis de las cooperativas. Se plantea que el IDA tuvo una cuota de responsabilidad alta, pero quizás no fue el único responsable; lo anterior solo se puede determinar a partir de un estudio más completo del movimiento cooperativista.

En resumen, el tercer capítulo ofrece información valiosa para entender la estructura agraria del cantón. El autor toma en cuenta una serie de variables y divide el periodo de estudio en dos sub periodos, que son los que le permiten explicar el proceso de recampanización y descampanización. Asimismo, realiza una fuerte crítica al ITCO/IDA por la falta de estrategia de planificación en la política de los asentamientos con todo y que rescate el problema presupuestario que enfrentó el Instituto cuando se pusieron en marcha los Programas de Ajuste Estructural. Los asentamientos no prioritarios enfrentaron mayores problemas infraestructurales y de organización en comparación con los prioritarios. La falta de estrategia la percibió además al analizar el componente humano de los asentamientos, pues como ya se dijo muchos de los propietarios no poseían aptitudes agrícolas ni empresariales, y esto condujo a que vendieran su parcela. Por último, la poca estrategia la percibe también cuando explica la crisis del cooperativismo y responsabiliza al Instituto de que la hubiera provocado. Es necesario apuntar que el lector no encontrará una reconstrucción de los movimientos precaristas, ni del surgimiento de los asentamientos, ni del movimiento cooperativo. En este sentido, se considera que en el trabajo están hasta cierto punto ausentes: el campesinado, la familia campesina, los adjudicatarios y los funcionarios del ITCO/IDA. Se sabe que existen, que participaron de los procesos, pero los conocemos únicamente a través de cifras y porcentajes.

El cuarto y último capítulo del libro subdividido en tres apartados es una descripción socio-demográfica del cantón de Osa entre 1973 y el 2000.³ En un primer momento el propósito es establecer el perfil socio-demográfico de la población, para después definir el nivel de carencias de la misma y por último explicar el comportamiento migratorio cantonal. El perfil socio-demográfico del cantón lo aborda a partir de diversas variables como edad, sexo, estado civil, nivel de instrucción educacional y situación laboral. Lo anterior le permite concluir que el perfil de la población de Osa es consecuencia de la estructura socioproductiva que predominó con la CBCR. Entre 1973 y 1984 la población aumentó cerca de un 7%, después de entonces y hasta el 2000 disminuyó cerca de un 2%. Además,

logró constatar que se trata de un cantón rural con tendencia a la urbanización, en donde predomina la población joven, hay más hombres que mujeres y los mayores índices de soltería se presentan entre los primeros. Asimismo, percibió un aumento en los niveles de instrucción, aunque combinados con altas tasas de analfabetismo. La población se dedica mayoritariamente a la agricultura, aunque destacó un auge en la construcción, el comercio y los servicios. La PEA masculina disminuyó pero aumentó la femenina y después de 1984 aumentó la inmigración nicaragüense.

El segundo apartado del capítulo, como ya se mencionó, versa sobre el tipo y el nivel de carencias de la población de Osa. El autor constató que la principal necesidad insatisfecha de los pobladores es el acceso a vivienda, pues muchas carecen de suficiente espacio, lo que conduce a un hacinamiento, y no todos cuentan con los servicios básicos necesarios. Otras problemáticas presentes son el acceso de muchos a una vida saludable, al conocimiento y a los diversos bienes y servicios. Las problemáticas varían de un distrito a otro; los distritos de Sierpe, Piedras Blancas y Bahía Ballena son los que enfrentan las condiciones más adversas. De acuerdo con el índice de desarrollo social, Osa ocupó para el 2002 la posición número 73 sobre el total de 81 cantones del país, lo cual significa que entre 1984 y el 2000 retrocedió 8 posiciones en la escala nacional. Además, el cantón presenta un porcentaje muy alto –cerca del 60%– de hogares con al menos una Necesidad Básica Insatisfecha (NBI). La mayor proporción de NBI se concentra, según Royo, en aquellos pobladores que se dedican a actividades agropecuarias, a la construcción y los que trabajan de forma independiente. Los pobladores que cuentan con un mayor nivel educativo evidenciaron menos carencias, por lo que el autor considera que existe una relación intensa e inversa entre nivel educativo y pobreza.

El tercer apartado explica el movimiento migratorio cantonal entre 1973 y el 2000, para lo cual Royo realizó en un primer momento el perfil socio-demográfico del sector inmigrante y luego el de la población emigrante. Lo primero le permitió, entre otras cosas, concluir que la mayor proporción de inmigrantes en Osa oscilan entre los 12 y 34 años, y que las tasas de inmigración entre hombres y mujeres son de igual magnitud. Además, logró constatar que: la población inmigrante está compuesta principalmente por parejas, que han tenido en los últimos años una mejora en el nivel de instrucción, que la población masculina es en su mayoría asalariada y que la mujer inmigrante no se ha logrado insertar satisfactoriamente en el mercado laboral. Lo segundo le permitió concluir que la población emigrante masculina de Osa oscila entre los 12 y 34 años y la femenina entre 20 y 34 años, que se asiste a un aumento del nivel de instrucción de la población emigrante principalmente femenina, que la población emigrante antes de 1984 estuvo formada por parejas, que la población masculina es principalmente asalariada y que la mujer se ha logrado insertar al mercado laboral.

El autor aborda también el movimiento migratorio cantonal a través del estudio de los flujos migratorios registrados. Una lectura de los censos de 1973, 1984 y 2000 le permitió conocer el origen y destino de las corrientes migratorias a escala cantonal. En 1973, el 30,41% de los inmigrantes fueron guanacastecos, el 29,52% procedía de cantones circundantes costeros y el 17,32% de los cantones circundantes del interior. En 1984, el 45,47% provenía de los cantones bananeros circundantes y el 23,11% de los cantones aledaños del interior. En el 2000, el 23,6% procedía de los cantones bananeros vecinos, el 22,9% de los

cantones vecinos del interior y el 15,16% del Área Metropolitana de San José (AMSJ). La presencia de inmigrantes en Osa pasó de ser mayoritariamente guanacasteca a proceder de cantones litorales como Golfito y Corredores así como de cantones aledaños como Pérez Zeledón y Buenos Aires. Los censos le permitieron conocer también el destino de la población emigrante. En 1973, el 26,59% se dirigió a los cantones litorales vecinos, el 24,96% al AMSJ y el 18,45% a los cantones bananeros del Caribe. En 1984, el 23,61% vivían en el AMSJ, el 22,14% en los cantones bananeros aledaños y el 21,24% en los cantones vecinos del interior. En el 2000, el 30,7% residía en los cantones vecinos del interior, el 19,13% en los cantones vecinos bananeros y el 18,1% en el AMSJ. En este sentido, predominó una emigración rural-rural seguida de una rural-urbana.

En resumen, en el cuarto capítulo Royo concluye que el perfil socio-demográfico del cantón de Osa es el resultado de la estructura socio-productiva impuesta por la CBCR. A través de los censos y abordando una serie de variables intentó reconstruir la dinámica cantonal, las carencias de sus pobladores y los flujos migratorios. El abordaje es eminentemente cuantitativo, debido a la fuente que utilizó, y arroja información pertinente, que debe sin embargo ser leída con cuidado, pues las estadísticas siempre cargan sus sesgos. En este último capítulo el autor analiza una temática muy compleja y se considera que una única fuente no es suficiente para explicarla cabalmente. En este sentido, el trabajo invita a seguir estudiando el tema pero con apoyo en otras fuentes primarias y secundarias. Al igual que en el capítulo precedente se considera que están hasta cierto punto ausentes los inmigrantes y los emigrantes tanto nacionales como extranjeros; a ellos los encontramos también solo aludidos en cifras y porcentajes. Es necesario aclarar que se respeta la metodología y técnicas con las que trabaja el autor, muy vinculadas con su formación académica y profesional. Lo que acá se apunta simplemente es que la temática se presta para futuros trabajos de investigación, que pueden complementaria o alternativamente utilizar otros métodos y técnicas.

A manera de conclusión se puede señalar que la obra de Antoni Royo constituye de principio a fin un gran aporte, pues a través de diversas fuentes trata de explicar la dinámica local –del cantón de Osa– recurriendo en ocasiones a la historia regional –en este caso el Pacífico Sur–.⁴ Lo anterior le permitió entre otras cosas concluir que desde 1973 hasta el 2000 el cantón atravesó por una crisis de dependencia. Los pobladores que dependían de la CBCR, una vez que esta decide marcharse, comenzaron a depender de la ayuda estatal, concretamente de la del ITCO/IDA. A lo largo del trabajo, como se observa en las páginas anteriores, se encuentran varias críticas; la más fuerte sin duda recae sobre el Instituto que, de acuerdo con el autor, nunca logró una reforma agraria real. Desde un principio Royo se propuso dos objetivos: analizar la intervención estatal en las estructuras agrarias y el desarrollo de la población campesina a partir de los programas de parcelamiento gestionados por ITCO/IDA en el cantón de Osa, y elaborar un modelo de interpretación para los movimientos migratorios de los cantones bananeros del Pacífico sur costarricense. Con métodos y técnicas propias de su formación académica y profesional los alcanzó satisfactoriamente. La obra de Royo es una invitación para seguir estudiando dinámicas locales a partir de lo regional, apelando a nuevos métodos y técnicas de otras ciencias y disciplinas que podrían ayudar a esclarecer aún más la historia de regiones por mucho tiempo invisibilizadas y desconocidas.

Notas

1. Antoni Royo es economista. Tiene dos maestrías: una en Sociedades Latinoamericanas (de la Universidad de París III) y otra en Geografía Centroamericana (de la Universidad de Costa Rica). Cursó también algunas materias en el Doctorado de Historia de la UCR.
2. La UFCo operó en el Pacífico bajo el nombre Compañía Bananera de Costa Rica (CBCR).
3. La fuente que utiliza son los Censos de Población.
4. Es necesario señalar que a lo largo del libro el autor recurre a gráficos, cuadros y anexos para explicar el proceso histórico que le interesó rescatar.